

prema de la posesión de lo infinito. La persona humana está esencialmente en este mundo no en un estado de posesión, sino en camino, vale decir, en perpetua inseguridad. Tendencia hacia Dios en una perpetua inseguridad es lo que nos dice la Teología natural del dualismo existente en la persona humana.

Pero la Teología natural no puede bastar para hallar la explicación de una contradicción tan profunda y angustiosa, manifestada en un grado de perversión y degradación humanas, como a veces se manifiesta. La obra de Dios parece trastocada. He aquí por qué es necesario al filósofo pedir luces a la Teología sobrenatural y recoger con respeto la palabra de Dios (Teología) que nos descubre la necesidad de una regeneración sobrenatural de la persona humana que se había apartado del plan divino. Sólo entonces la persona humana llegará a la posesión, a la reintegración de la dignidad y excelencia a que la naturaleza y la gracia la han elevado; la primera, a ser con toda plenitud individuo racional; la segunda, a ser hijo de Dios.

Psicología del discernimiento de espíritus en San Ignacio

R. P. ENRIQUE B. PITA

Rector de las Facultades de Filosofía y Teología del Colegio Máximo de San José. - San Miguel, F. C. P.

PSICOLOGIA DE LA GRACIA Y DEL PECADO

El libro de los "Ejercicios Espirituales" de San Ignacio, tan exiguo en sus dimensiones, tiene profundidades psicológicas insospechadas para el profano en la materia. Los "Ejercicios Espirituales" son en realidad la vivencia ignaciana profunda de la conversión a Dios; conversión total, sin mezquindades ruinosas, por la que el hombre se ordena dinámicamente hacia la santidad, con todas las tragedias de sus noches oscuras y los esplendores de sus días de gloria. El tema está tratado magistralmente; porque Ignacio ha sabido abstraer de su drama personal las leyes específicamente humanas. Esto explica los maravillosos efectos de los Ejercicios ignacianos, cuando se los practica integralmente. En ellos está trazada a grandes rasgos la teoría y la práctica del combate espiritual, en el que el vencedor y el vencido es el mismo ejercitante y las armas son las mociones de sus tendencias, ordenadas o desordenadas. Porque hay que tener en cuenta que el sobrenatural no sobrenaturaliza sino el natural, elevándolo existencialmente y ordenándolo dinámicamente: el orden de ese dinamismo puede ser objeto de estudio, de la misma manera que la anarquía psicológica del pecado; hay, pues, una psicología de

la gracia como hay una psicología del pecado (1). Para dar alguna inteligencia de ambas psicologías, San Ignacio va a poner en el libro de sus Ejercicios las llamadas "Reglas de discreción de espíritus"; a las mociones que tienen lugar en el dinamismo ordenado de la gracia, el Santo las va a llamar mociones del buen espíritu; a las que nacen del desorden psicológico introducido por el pecado, mociones del mal espíritu. Así se entiende cómo para Ignacio el mal espíritu es el ángel malo que directa o indirectamente por medio de la anarquía psicológica del pecado original induce al pecado personal.

Antes de entrar de lleno en materia, conviene desarrollar esquemáticamente algunos principios que han de tener mayor aplicación en la inteligencia de estas reglas.

CAUSALIDAD FINAL

Ya Aristóteles notó con profundo sentido filosófico que las Matemáticas podían prescindir en sus demostraciones de las causas finales, por tratar formas — números y figuras — sin dinamismo (2). Las formas biológicas en cambio son esencialmente dinámicas y por consiguiente implican necesariamente tendencias. Y la tendencia dice relación trascendental a la causa final. Santo Tomás expone con gran limpieza de conceptos cómo la causa eficiente explica el efecto, pero deja sin explicar su propia eficiencia o, en otras palabras, el dinamismo de la causa eficiente, de la causa que obra, postula una causa final, o sea, una razón de su determinado dinamismo. Sin la teleología del dinamismo no se explicaría por qué la causa obra en lugar de no obrar, o por qué obra tal efecto en lugar de tal otro (3). En las

(1) Al hablar de una psicología de la gracia no pretendemos significar que la gracia en su entidad física sobrenatural sea objeto directo de la experimentación psicológica; aun indirectamente sería sumamente dificultoso determinar en cada caso particular, cuándo y en qué medida tal estructura psicológica no podría ser sino efecto de la gracia; pero esto no obsta a la determinación de las estructuras psicológicas que si no exclusiva, por lo menos necesariamente son postulados por la gracia; a la manera como el filósofo ético estudia conductas morales, por ejemplo, la procreación y educación de la prole como fin primario del matrimonio, que si no exclusiva, por lo menos necesariamente han de ser postuladas en el orden de la gracia.

(2) Metaph. III. 1. 4.

(3) S. Th., 1, 2, q. 1, a. 2.

formas psicológicas el dinamismo teleológico establece las relaciones de las tendencias entre sí, dando a cada una un valor funcional determinado, creando así las distintas funciones y especificando la estructura resultante.

CONVERSION

Observemos ahora lo que tiene lugar en la conversión. Por el pecado mortal habitual el hombre se orienta habitualmente hacia la criatura como a su último fin. El último fin propio del hombre racional es Dios: Dios visto por la inteligencia y amado por la voluntad. La aversión del último fin propio del hombre es lo genérico de todo pecado mortal; la conversión a la criatura especifica los distintos pecados: pecado de soberbia, de avaricia, etc. Y como el último fin que el hombre persigue en su vida es el gran jerarquizador de las tendencias, de él reciben su razón de ser las vivencias estructuradas de la soberbia, la avaricia, la lujuria: de aquí nace el tipo del soberbio, del lujurioso, del avaro. Pero hay un momento en la historia del pecador en el que éste va a dar una virada psicológica en la marcha que lleva: es el momento de su conversión. El hombre va a poner como fin último *suyo* el fin último *propio* del hombre: Dios. Estamos en plena lucha psicológica: es una estructura psicológica que lucha contra otra: si triunfa Dios y estructura psicológicamente hacia Sí al hombre, éste se ha convertido.

PERFECCION

Convertido el hombre hacia Dios, todavía le queda un largo camino que recorrer hasta llegar al orden psicológico perfecto; camino que los maestros de la vida espiritual han dividido en los estadios de principiantes, proficientes y perfectos. Digamos dos palabras sobre cada uno de estos estadios desde el punto de su enfoque psicológico (4). Si la estructura psicológica que orienta al sujeto hacia Dios ha triunfado en el pecador de la estructura de la soberbia o de la lujuria, su triunfo puede ser que no sea, ni mucho menos, definitivo. La

(4) Cf. S. Th., 2, 2, q. 24, a. 4.

estructura anterior se ha cargado durante su dominio psicológico de un potencial de energías psíquicas que va a usar ahora contra la estructura triunfadora: son dos estructuras *antagónicas* que durante años se enfrentarán la una contra la otra. De aquí proviene el hecho paradójico de que en la vida espiritual la infancia es el período de lucha por antonomasia. Con el tiempo la estructura del fin último "Dios" entra en el período del dominio franco y habitual de las estructuras desordenadas: es el estadio de los proficientes. Durante este período el hombre no conoce otro fin último que Dios; a pesar de ello, tendrá multitud de tendencias que sin destruir el fin último "Dios", no estarán tampoco dentro del orden jerárquico que postula este fin último: no serán tendencias *contra* el fin último, pero sí *fuera* del fin último: tendencias que psicológicamente se podrían llamar *paradinámicas*: no son enfermedades mortales que destruyan la salud e introduzcan la muerte, pero sí enfermedades verdaderas que indicarán que hay órganos que no funcionan dentro del orden perfecto ⁽⁶⁾. Estas tendencias paradinámicas introducen en la vida práctica la multitud de pecados veniales de las almas proficientes. Por fin llega el estadio de los perfectos, en el que "Dios" como fin último avasalla completamente todas las tendencias y las jerarquiza en una *armonía perfecta*: es el tipo del Santo. La realización cabal y completa de la armonía psicológica perfecta se dará en el estado beatífico de la gloria; en este mundo su realización será más o menos perfecta, debido a que no se podrá guardar continuamente la suficiente tensión psicológica, por la misma fragilidad humana: de ahí nacerán los pecados veniales semideliberados y de fragilidad de los perfectos, en contraposición a los pecados veniales deliberados y de malicia de los proficientes.

Puesto este preámbulo, vengamos a las reglas ignacianas.

EXPERIENCIA IGNACIANA

Comienza San Ignacio por hacer notar que no es su propósito escribir un tratado completo de la materia: son reglas, según él, para *en alguna manera* conocer las varias mociones que se causan en el alma. Observación de todo punto justificada si se pondera que San

(6) Cf. S. Th., 1, 2, q. 72, a. 5.

Ignacio tiene en cuenta más bien la práctica que la teoría; y la práctica nunca puede ser contenida comprensivamente por la teoría. Aquí surge una dificultad sobre el valor universalmente humano de estas reglas ignacianas. El caso particular, individual, sabemos que no puede ser objeto directo de la ciencia, sino sólo de la aplicación de las leyes universales de la ciencia; porque el entendimiento humano no conoce la esencia del singular como singular, sino sólo su especie. Solamente del Ser Necesario conocemos su esencia singular como singular, porque en Él la existencia está incluida en el concepto de su Esencia: por eso del Ser Necesario existe una ciencia especial que desde Leibnitz se llama "Teodicea". A otro singular cualquiera, a Pedro, p. e., no lo conocemos por su esencia singular, sino por una como proyección de su esencia específica (sensitivo racional) sobre los datos sensoriales de su forma externa, color, timbre de voz, etc.: Pedro es un sensitivo racional que es alto, delgado, de color trigueño, ojos grandes. Eso explica cómo dos hermanos gemelos perfectamente semejantes en sus datos sensoriales, a pesar de tener esencias singulares distintas y diferentes, no podrán ser discernidos el uno del otro. La experiencia ignaciana de estas reglas (porque sabemos que Ignacio las sacó de su propia experiencia) correrá, pues, riesgo de no dar lugar a reglas específicamente *humanas*. Pero la dificultad ha sido superada: el genio de San Ignacio está precisamente en haber sabido leer en su experiencia personal, individual, lo *universalmente* humano. El hombre especulativo, de doctrina, como un Tomás de Aquino, lee en los universales la razón formal de las cosas; el hombre de acción, el realizador, como Ignacio, lee el universal en el particular: sabe lo que este hombre determinado tiene por ser tal hombre y lo que tiene por ser *hombre*.

PRINCIPIO GENERAL

Lo primero sobre lo que va a llamar la atención San Ignacio es sobre un *principio general* que gobierna la táctica de los dos espíritus respecto a los que van de pecado mortal en pecado mortal y a los que van de bien en mejor.

En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, dice San Ignacio, el mal espíritu acostumbra comúnmente proponerles placeres aparentes, haciéndoles imaginar delectaciones y placeres

sensuales, para conservarlos en sus vicios y pecados; el buen espíritu por el contrario los punza y les remuerde la conciencia. En cambio, en las personas que van intensamente purgando sus pecados y subiéndose de bien en mejor en el servicio de Dios nuestro Señor, es propio del mal espíritu morder y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no pase adelante. Y propio es del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos los impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante.

Semejante táctica obedece a leyes psicológicas profundas. Cuando uno se encuentra psicológicamente bien en una estructura, no piensa salir de ella, sino que se aficiona cada vez más a ella. Por eso el mal espíritu al que se encuentra psicológicamente estructurado según el pecado, procura conservarlo en esa estructura, proponiéndole deleites y placeres que le hagan agradable su estructura; por el contrario el buen espíritu procura sacarlo de su estructura por el remordimiento.

“Te mostrabas, dice San Agustín, misericordiosamente cruel conmigo, llenando de honda amargura mis culpables regalos”. Por eso el mayor castigo que puede dar Dios nuestro Señor al pecador es el inflingido al pecado contra el Espíritu Santo, la inmutabilidad en el pecado, sin remordimientos: la conversión en este estado no es posible, si no es por un milagro de Dios, del orden psicológico. (6)

“Exacerbavit Dominum peccator: secundum multitudinem irae suae non quaeret eum” (7). Exacerbó el pecador a Dios con la malicia de sus pecados; por eso Dios en la abundancia de su justa ira lo abandonará en su pecado. Por el contrario, cuando la gracia ha triunfado en un alma, es el mal espíritu quien muerde y pone impedimentos, y el bueno quien da fuerzas y consolaciones. Cuando la gracia convierte al pecador, se opera en el campo psicológico del hombre lo que sucede en una república cuando un partido o tendencia política se apodera del gobierno por un golpe de estado: después del golpe de estado queda todavía mucho que hacer en el orden de la república y dominación completa de los enemigos. Se expulsa, se encarcela, se

(6) S. Th., 2, 2, q. 14, a. 3.

(7) Ps. 9, 35.

reorganiza. Es una labor más difícil que la primera (porque siempre es más difícil construir que destruir), y de la que solamente salen airosos los genios políticos. Por la gracia el hombre se orienta hacia Dios, último fin, y todo lo que en el Adán viejo por el pecado original y personal estaba orientado hacia el pecado, debe ser reordenado en el nuevo Adán, para usar la terminología paulina, hacia el fin último sobrenatural. Por eso la infancia espiritual es, como indicábamos, la época de las grandes luchas y conflictos. Al mismo San Ignacio no dejó de maravillarle la vida espiritual en sus comienzos, en la que en un mismo día la misma alma se oscurece con la tormenta y se serena e ilumina con el sol; él que experimentó en toda su crudeza la lucha despiadada de las dos estructuras antagónicas del Adán viejo y del nuevo, porque la virada había sido radical y definitiva. Oigamos las textuales palabras del Santo en su autobiografía: “Estos días, dice el Santo hablando en tercera persona, le vino un pensamiento recio que le molestó representándosele la dificultad de su vida, como si le dijeran dentro de su alma: ¿Y cómo podrás tú sufrir esta vida setenta años que has de vivir? Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza (sintiendo que era el enemigo) ¡oh, miserable! ¿Puedesme tú prometer una hora de vida? Y así venció la tentación y quedó quieto. Y esta fué la primera tentación que le vino. Y fué esto entrando en una Iglesia en la cual oía cada día la misa mayor, y las vísperas y completas, todo cantado, sintiendo en ello gran consolación”. (8)

“Mas luego, después de la susodicha tentación, empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole todo al contrario de esto, y tan súbitamente, que parecía habersele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno. Y aquí se empezó a espantar de estas variedades, que nunca antes había probado, y a decir consigo: ¿Qué nueva vida es esta que ahora comenzamos?” (9)

“Mas en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos. Por-

(8) Autobiografía, n. 20. En todos los textos, la cursiva es del autor de esta conferencia.

(9) Autobiografía, n. 21.

que, aunque la confesión general que había hecho en Monserraté, había sido con asaz diligencia, y toda por escrito, como está dicho, todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado y esto le daba mucha aflicción; porque aunque confesaba aquello no quedaba satisfecho. Y así empezó a buscar algunos hombres espirituales, que le remediasen de estos escrúpulos; mas ninguna cosa le ayudaba... A este tiempo estaba el dicho en una camarilla, que le habían dado los dominicanos en su monasterio y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los demás ejercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; y una vez, de muy atribulado de ellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura, que si yo pensase de poder hallarlo, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame, Señor, donde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré.

Estando en estos pensamientos, le venían muchas tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que en aquella su cámara tenía y estaba junto al lugar donde hacía oración. Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: Señor, no haré cosa que te ofenda: replicando estas palabras así como las primeras muchas veces”.

“...en la fin de estos pensamientos le vinieron unos disgustos de la vida, con algunos ímpetus de dejarla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus, con las lecciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel día en adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia”. (10)

Pero al mismo tiempo, como lo nota San Ignacio, en sus reglas, la infancia espiritual es también la época de las grandes consolacio-

nes espirituales: el buen espíritu da ánimo, fuerzas y consolaciones. La novedad de la estructura psicológica de la gracia hace percibir más la consolación de sus dones. Por eso continúa San Ignacio, refiriéndose a los proficientes: “En los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido e inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor tocan los sobredichos espíritus contrario modo; cuya causa es la disposición del ánima ser a los dichos Angeles contraria o símile: porque cuando es contraria, entran con estrépito y con sentidos, perceptiblemente; y cuando es símile, entra con silencio como en propia casa a puerta abierta”.

Todo es recibido según el modo del recipiente, como dice el adagio de la Escuela: “quiquid recipitur ad modum recipientis recipitur”. Los psicólogos modernos suelen decir que todo pensamiento es una fotografía del objeto *pensado* y del sujeto *pensante*. Una vez que el hombre ha recibido una determinada estructura, todo lleva la forma y sello de la estructura. En este sentido se dijo: “Omnia munda mundis”, todo es puro para los puros de corazón. Unas ruinas (el Coliseo, las reducciones del Paraguay, los destrozos de las iglesias de España) cómo son vistas de distintas maneras por distintas personas: por un cristiano, un artista, un arqueólogo, un ingeniero, un romano, un argentino o un español.

En este sentido nuestra conducta se trasparenta a los demás mucho más de lo que nos imaginamos: nuestra estructura psicológica informa todos nuestros actos, aun los más estudiados e insignificantes.

Lo que es recibido según una estructura psicológica, entra dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; en cambio, lo que contraría a una estructura psicológica, toca agudamente y con sonido e inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre una piedra. Es una ley psicológica fundamental.

La historia del hijo pródigo es la historia de todas las conversiones: la gracia penetra como gota de agua que cae sobre la piedra: hay abrazos, vestidos nuevos, banquete, música...

La historia del hijo mayor es la historia de todas las almas que no abandonaron al Padre: la gracia penetra como gota de agua que

(10) Autobiografía, n. 22-25.

cae en una esponja: "todo lo mío es tuyo", decía el padre a su hijo mayor; pero sin ruido, dulce, leve y suavemente.

CONSOLACION Y DESOLACION

A continuación San Ignacio define las armas con las que van a entrar en lucha el bueno y mal espíritu, que son las mociones de consolación y desolación.

Llamo *consolación*, dice el Santo, la moción interior con la que el alma viene a inflamarse en amor de su Creador y Señor; y con la que ninguna cosa creada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Creador de todas ellas. Así mismo son consolación las lágrimas de amor a su Señor, ahora sea por el dolor de sus pecados, o de la Pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza. Finalmente llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad; y toda alegría interna que atrae a las cosas celestiales, quietándola y pacificándola en su Creador y Señor.

Llamo *desolación* la obscuridad del alma, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas; inquietud de varias tentaciones que mueven a desconfianza, sin esperanza, poniendo al alma toda perezosa, triste y como separada de su Creador y Señor.

NO HACER CAMBIOS

En tiempo de desolación nunca hacer cambio o mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día anterior a la tal desolación en la precedente consolación. Y da la razón: porque así como en la consolación nos guía y aconseja el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar.

Según Santo Tomás hay dos maneras de conocer la moralidad de nuestros actos: "ex rationis inquisitione", por el discurso de la razón; y "secundum quamdam connaturalitatem", por cierta conformidad del estado presente del sujeto con el objeto en cuestión. (11)

(11) S. Th., 2, 2, q. 45, a. 2.

Penetremos el pensamiento de Santo Tomás. La voluntad divina es norma manifestativa de la moralidad del objeto: Dios lo manda; luego es justo y santo. Porque la voluntad divina es la misma bondad y rectitud moral. No pasa lo mismo con la voluntad humana. La norma manifestativa práctica de la moralidad del acto humano es su conformidad con el último fin al que es ordenada la naturaleza humana. Esta conformidad se conoce por el discurso de la razón: por eso San Ignacio inculca continuamente la relación del acto a su último fin. En cambio, secundum quamdam connaturalitatem, por cierta connaturalidad del sujeto con el objeto, solamente se puede conocer la honestidad del acto cuando la naturaleza concreta está de hecho debidamente ordenada a su último fin. Pero en la desolación el hombre está orientado desordenadamente a los bienes creados. Por consiguiente la regla debe ser: *no cambiar*; esperar la consolación. Si Ignacio hubiese cambiado de norma de vida al sentir la moción de "¿cómo podrás soportar esta vida tan llena de trabajos y tribulaciones setenta años que has de vivir?", su mudanza hubiese sido desacertada.

Ya Ignacio había observado que no se debe hacer elección de lo que se ha de comer cuando se experimenta el apetito de comer (12). La razón psicológica es la misma. La pasión (desolación) es una enfermedad psíquica (una facultad funcionando fuera de la debida jerarquía); y como toda enfermedad, afecta más o menos a *todo* el hombre. Por eso se dice con acierto que las pasiones ciegan el entendimiento. La razón está admirablemente dada por el Doctor Común, cuando expone cómo el conocimiento que impulsa a la acción no es el especulativo, sino el *práctico* del objeto *singular*; dos caracteres que, según el Angélico, son propios del enfoque cognoscitivo que opera la pasión (13). En el caso se trata, pues, de verdaderas *ideas fuerzas* en el sentido de la psicología moderna. Por consiguiente en el fondo de la cuestión está que toda virtualidad cognoscitiva para actuarse *rectamente* ha menester de ciertas disposiciones. El tiempo de desolación no es ciertamente propicio para estas condiciones positivas. La facultad está entonces mal dispuesta.

(12) Reglas para ordenarse en el comer.

(13) S. Th., 1, 2, q. 77, a. 2, ad. 1.

ORACION Y PENITENCIA

No basta, según San Ignacio, no mudar los propósitos en la desolación, sino que "mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación. Así como es instar más en la oración y penitencia". Cuando la consolación nos recrea, pasa en nuestro psiquismo lo que pasa en una ciudad donde la vida es próspera o por lo menos normal: nadie se atreve a levantarse, porque no es el momento; y si a alguien se le ocurre levantarse, la paga. Por eso el comunismo no suele germinar en tierras donde la propiedad está dividida y la vida se desarrolla dentro de cierto marco de prosperidad. Pero se cierne la miseria sobre un pueblo: sobreviene la desocupación, la falta de pan y vivienda, la vida se hace dura: basta entonces que un cualquiera enarbole la bandera de la revolución y muchos le siguen. Tenemos entonces una verdadera *pasión* en el sentido psicológico de la palabra: un caudillo de tendencias.

Y como cuanto una tendencia es más pasión (caudillo), más terreno gana psicológicamente, es decir, de mayor número de tendencias se enseñoa, y más terreno pierde la gracia; se hace necesario el contrarrestar ese contratiempo psicológico insistiendo más en la oración y penitencia.

La oración nos alcanza la gracia, que sin introducir ruedas nuevas en nuestro psiquismo, nos da luz en la visión de los fines y medios y fuerza en el amor del fin y aplicación de los medios; "para que su santísima voluntad en todo sintamos y aquella enteramente cumplamos", como solía compendiosamente repetir San Ignacio.

Por eso de Jesucristo en el huerto de los olivos se dice que "factus in agonia, prolixius orabat" (14): habiendo entrado en tristezas y tedio de agonía oraba con mayor insistencia.

La penitencia no es menos necesaria. Cuando se teme una revolución o se la ve ya declarada, se encarcela a los reales o presuntos revolucionarios y a sus aliados. Más mal puede hacer un enemigo en las filas propias que muchos en las filas contrarias. Por la penitencia precisamente se corren y dominan las tendencias desordenadas que son las aliadas del mal espíritu.

(14) Luc. 22, 43.

CAUSAS DE LA DESOLACION

Podría uno preguntarse qué pretende Dios al permitir la desolación.

A esto responde Ignacio que Dios quiere ver de qué somos capaces con las gracias ordinarias. La vida es una milicia. En esta milicia hay también sus condecoraciones. Las condecoraciones de guerra no se ganan a la hora del rancho o en el reposo de la noche, sino en la lucha.

Dios quiere repartir sus condecoraciones. Para eso nos quita sus consolaciones que nos hacían la vida espiritual apacible y dulce, que nos aliviaban el peso de sus mandamientos, la dureza de la pobreza, el heroísmo de la obediencia o castidad perpetua, y se produce entonces en nuestro interior el estado psicológico de la lucha: los mandamientos nos parecen una carga insoportable, la pobreza un contrasentido, la obediencia contraria a la dignidad humana, la castidad imposible. Ahora va a ver Dios quiénes son capaces de amar al "Dios de las consolaciones" y no las "consolaciones de Dios", como diría San Francisco de Sales.

En este momento tiene lugar un hecho psicológicamente necesario contra el que nos va a precaver San Ignacio. Como nuestros propósitos habían sido elaborados en el tiempo de la consolación, que es el tiempo apto para ver lo que nos conviene para el servicio de Dios, llegado este estado de la desolación, se nos presenta vívidamente que no habíamos contado con nuestra *debilidad*, y todos nuestros propósitos y deseos nos parecen quiméricos e imposibles de realizarse. Por eso San Ignacio nos recuerda el: "Fidelis Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere" (15); fiel es Dios que no permitirá que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas; sino que sacará provecho para nosotros aun de la misma tentación. El provecho se seguirá si, como indica San Ignacio, el que está en desolación trabaja de estar en *paciencia*.

El perseverar en la oración y penitencia siempre trae ejercicio

(15) 1 Cor., 10, 13.

de paciencia. "In silentio et in spe erit fortitudo vestra" (16). Vuestra fortaleza estará en la paciencia del silencio y la esperanza, como se dice en Isaías.

A continuación San Ignacio, adentrándose más en las causas de las mociones del mal espíritu, va a apuntar *tres causas de la desolación* (conociendo las causas se puede atacar el mal en su raíz), distinguiendo la desolación de castigo, desolación de prueba y desolación de enseñanza.

1) *Desolación de castigo*. Dios nos priva de su consolación por nuestra tibieza. El proceso del fervor en la vida cristiana es el siguiente: La reforma psicológica empieza, según Santo Tomás, por la *inteligencia* y *voluntad* (parte libre del hombre): "a mente", dice el Doctor Común. El varón espiritual pone así al servicio de Dios sus tendencias superiores que son capaces de hacer nacer y desarrollar la vida espiritual. "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena *voluntad*" cantan los Angeles en el nacimiento del Redentor de los hombres.

Estas tendencias superiores tienen sobre las tendencias instintivas desordenadas por el pecado original su influjo *indirecto* (político, como diría Aristóteles), en cuanto que el varón espiritual en su conducta deliberada y libre no se deja arrastrar servilmente por sus instintos, sino que los pone al servicio de su tendencia racional y libre hacia Dios. Difícilmente en este mundo se produce el orden perfecto: el desorden que se sufre y lamenta queda en nosotros como una expiación psicológica del pecado de nuestros primeros padres. Este desorden de las tendencias instintivas inferiores no turba el orden de las tendencias superiores libres, que, enraizadas en lo que es específicamente humano, están firmes e incommovibles en medio de los conflictos inferiores.

En la tibieza por el contrario los instintos desordenados son positivamente actuados por el pecado venial deliberado; y como por otra parte las tendencias superiores no han pasado a ser "hábitos", o en otros términos, a ser tendencias espontáneas: la lucha es desigual y la ruina espiritual se impone. El primer síntoma del estado ruinoso que amenaza es la desaparición del hambre y sed de justicia. Y con

(16) Is. 30, 15.

el hambre y sed de justicia desaparece el fundamento mismo de toda consolación espiritual. Sobre esto puede verse el hermoso libro de Lindworski, "La Psicología de la Ascética".

2) *Desolación de prueba*: Según San Ignacio Dios quiere a veces probarnos para ver cómo perseveramos en su servicio sin tanto estipendio de consolaciones.

No hay más que recorrer los escritos espirituales de directores y almas dirigidas para darse cuenta de que gran parte de la dirección espiritual se reduce a sostener las almas en estas pruebas. Santa Teresa de Jesús pasa 22 años de cruda prueba. El P. B. Alvarez vive 16 años de desolación que se terminan con la contemplación infusa. Santa Teresita dice que su vida espiritual se desliza como en un túnel. Para San Juan de la Cruz es algo necesariamente substancial en la santidad la noche oscura, en la que desaparece el gusto de las cosas humanas y aun divinas; porque Dios quiere que el alma se aficione a Sí y no a sus consolaciones. Hay un distintivo, según el Santo Doctor, para distinguir la desolación de un estado melancólico morboso: en la desolación de prueba persiste el deseo y fuerza interior de servir siempre mejor a Dios: el hambre y sed de justicia.

3) *Desolación de enseñanza*: Dios quiere que sintamos que no es de nosotros traer consolación.

En la consolación el hombre psicológicamente se siente vencedor: se experimenta la visión clara del fin y la suficiencia para vencer a todos los enemigos. Psicológicamente es fácil pasar de este estado al de la complacencia en sí y de la presunción. Este era el estado de Pedro cuando decía a Jesucristo: "Aunque todos te negaren, yo no te negaré".

El Espíritu Santo cuando quiere llevar a un alma a un alto grado de contemplación y santidad, le infunde junto con los dones místicos una profundísima humildad. Según A. Bulot: "sin tener dones místicos se puede guiar a las almas que los tienen: encaminándolas por el camino de la abnegación, humildad y obediencia; desde el momento en que estas almas no quieren dejarse llevar por este camino, es señal evidente que el espíritu que las mueve no es de Dios" (1).

(1) De notas manuscritas tomadas por el autor de la presente disertación durante las conferencias sobre Ascética y Mística de A. Bulot en Paray-le-Monial, el año 1932.

SABIDURIA DIABOLICA

Estudiadas las mociones del mal espíritu, va a poner San Ignacio a continuación de manifiesto la sabiduría diabólica, descubriendo lo que podríamos llamar la táctica de escuela del mal espíritu.

Tres rasgos. *Primer rasgo*. "El enemigo se hace como mujer, en ser flaco por fuerza y fuerte de grado: porque, así como es propio de la mujer, cuando riñe con algún varón, perder ánimo dando huída cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varón comienza a huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer, es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo (dando huída sus tentaciones) cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haciendo el *opposito per diametrum*. Y por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia". El enemigo nos tienta haciendo uso de nuestra psicología, en la que está que el perder ánimo es perder fuerzas *realmente*.

En la guerra se hace mucho caso de lo que se llama "la moral de las tropas": un ejército que entra en batalla con la persuasión de la derrota está ya semivencido. En el atletismo es muestra de gran valor y resistencia no perder ánimo a pesar de un comienzo infortunado, antes por el contrario superarse a sí mismo y llegar a vencer al que ya era tenido por vencedor. En este sentido los juegos pueden ser un ejercicio admirable del carácter y fuerza de voluntad.

Por eso "cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo, haciendo el *opposito per diametrum*", el enemigo no tiene en la psicología de la tal persona el punto de apoyo necesario para sus tentaciones, dando huída.

"Por el contrario, si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones", el enemigo de natura humana encuentra el terreno preparado psicológicamente y entonces "no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra... en prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia".

Segundo rasgo. "Asimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto; porque, así como el hombre vano que hablando a mala parte requiere a una hija de un buen padre, o a una mujer de buen marido, quiere que sus palabras y suasionen sean secretas; y al contrario le displace mucho cuando la hija al padre o la mujer al marido descubre sus vanas palabras e intención depravada, porque fácilmente colige que no podrá salir con la empresa comenzada; de la misma manera, cuando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suasionen a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto; mas cuando las descubre a su buen confesor, o a otra persona espiritual que conozca sus engaños y malicias, mucho le pesa, porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada, en ser descubiertos sus engaños manifiestos."

Hay una psicología de la ascética y mística de Dios: la gracia elevando y sanando la psicología humana. Y hay una psicología de la ascética y mística diabólica: el demonio que usa el rodaje psicológico humano parodiando la obra de Dios.

Ambas conductas psicológicas pueden ser muy semejantes, dejando desconcertados a los que no son muy espirituales. Por eso el mal espíritu quiere ser secreto. El varón espiritual en cambio tiene olfato espiritual para descubrir las astucias y suasionen del enemigo: "pobreza, menosprecio, humildad": son el programa de Jesucristo, según Ignacio. "Considerar el sermón que les hace (el demonio), y cómo los amonesta para echar redes y cadenas". "Primero hayan de tentar (el demonio y sus secuaces) de codicia de riquezas, como suele, *ut in pluribus*, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo y después a crecida soberbia" (18). Por aquí descubre el experto director espiritual las astucias del mal espíritu.

Tercer rasgo. "Asimismo se hace como un caudillo para vencer y robar lo que desea; porque, así como un capitán y caudillo del campo, asentado su real, y mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales; y por donde nos halla más

(18) Meditación de dos banderas.

flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos.”

Existe, como decíamos, una psicología del pecado, de la *amartía*, de la que habla San Pablo en su epístola a los Romanos, la psicología del Adán viejo: un estructura psicológica (jerarquización de tendencias) hacia el pecado: la avaricia, la lujuria, la soberbia. En este desorden del pecado original una tendencia se convierte en pasión, en el sentido psicológico de este término, esto es, se convierte en verdadero caudillo, y estructura todo el psiquismo, según él.

El demonio que no puede tentar sino usando de nuestro psiquismo y siguiendo sus leyes, comienza por considerar cuál es nuestra estructuración según el Adán viejo, o en términos antiguos, cuál es nuestra pasión dominante. Si consigue orientar esa pasión hacia el pecado, todo el hombre queda orientado hacia el pecado.

Como esta pasión dominante es la más difícil de dominar, es fácil verla revelarse en los proficientes, que sobrellevan la carga de múltiples tendencias paradinámicas: porque ella es la que informa las tendencias paradinámicas en estructuras secundarias parásitas.

Como en la santidad la caridad informa todas las virtudes: por eso San Pablo nos dice: “la caridad es paciente, no se ensoberbece, no busca sus intereses, etc.”, como si dijese, “la caridad es la paciencia, la caridad es la humildad, la caridad es la justicia, etc.”; de semejante manera la pasión dominante es la forma de todos los vicios grandes o pequeños; y en el soberbio, la soberbia es impaciente, es sensual, etc. Por esta pasión que es o tiende a ser forma de las demás tendencias desordenadas ataca el mal espíritu al hombre. “Le combate por la parte más flaca”, como dice San Ignacio.

CARACTERÍSTICA DEL BUEN ESPIRITU

Expuesto la modalidad de la sabiduría diabólica discierne San Ignacio las *características del buen espíritu*. Como la acción del buen espíritu encuentra más campo donde actuar en los proficientes y perfectos, San Ignacio dice que estas reglas que van a continuación son más propias de ellos que de los principiantes.

Dar verdadera alegría

“Propio es de Dios y de sus Angeles en sus mociones dar verda-

dera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación que el enemigo induce: del cual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y asiduas falacias.”

La verdadera alegría es la que resulta del orden psicológico: del hombre orientado hacia Dios, fin último sobrenatural. No hay alegría ni gozo comparado a esta verdadera alegría y gozo espiritual. Por eso en el fondo y raíz de toda santidad brota una fuente de espiritual alegría que ilumina todas las cosas con una luz divina. Todas las cosas pierden psicológicamente su brillo vano y adquieren un nuevo encanto a la luz de Dios: es una noche según el mundo y un día esplendoroso según Dios: es el día de la eternidad que comienza a lucir ya en este mundo. Jesucristo es el hombre perfecto: ¡qué paz y perfecta alegría y gozo espiritual se trasparenta a través de todas sus acciones! San Francisco de Asís ve a Dios en todas las cosas. San Ignacio, Mártir, en el circo exulta de gozo. San Ignacio de Loyola goza con las flores de la tierra y las estrellas del cielo.

Los placeres del mundo llevan en el fondo el germen del desorden del pecado, y por consiguiente la tristeza. Las cruces de Dios llevan en el fondo el germen de la regeneración del nuevo Adán y por consiguiente la verdadera alegría.

Por eso “dar *verdadera* alegría y gozo espiritual es de Dios y de sus Angeles y es propio del enemigo militar contra la tal alegría, trayendo razones aparentes, sotilezas y asiduas falacias”.

Consolación sin causa precedente

“Sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación al ánima sin causa precedente; porque es propio del Creador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina Majestad. Digo sin causa, sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto por el cual venga la tal consolación, mediante sus actos de entendimiento y voluntad”. A los agentes exteriores creados sólo les es dado influenciar en el alma (entendimiento y voluntad) *indirectamente*: por los sentidos e imaginación: el recinto sagrado del entendimiento y voluntad permanece intacto a todo influjo directo humano, diabólico y angélico. Por eso sólo Dios conoce directamente nuestros pensamientos y voliciones. Es doctrina teológica fundada en

los libros sagrados. En nuestro entendimiento y voluntad está la raíz y razón de nuestra personalidad ordenada *directamente* a Dios.

Con un ejemplo se aclarará. Nosotros para introducir la corriente eléctrica en los filamentos de una lamparilla eléctrica necesitamos apretar el botón eléctrico que establece el circuito; Dios no necesita de tales adminículos, sino que El puede producirla directamente en los filamentos de la lámpara y dar luz. De modo semejante el hombre, el demonio, el ángel para entrar en nuestra alma lo hacen por intermedio de nuestras sensaciones e imaginaciones: de este modo causan consolación al alma.

Dios, Dueño Absoluto, sin necesidad de pasar por nuestras sensaciones o imaginaciones o previos pensamientos, como dice San Ignacio, da directamente consolación al alma.

En cambio, continúa el Santo, *con causa* (ejerciendo su influjo en nuestro organismo sensitivo e imaginativo y por medio de éste en nuestros pensamientos y voliciones) puede consolar el buen espíritu y el malo.

Por esto se hace necesario discernir uno y otro espíritu en las consolaciones con causa, tanto más cuanto es propio del mal espíritu, que se transforma *sub angelo lucis*, entrar con el alma devota y salir con la suya.

Sapientísima observación psicológica.

Santo Tomás tiene un capítulo en que desarrolla el fecundo principio de cómo el hombre, una vez que se ha preelegido un fin, ya no es psicológicamente libre en la arbitraria elección de los medios, sino que solamente puede elegir medios que real o aparentemente conduzcan al fin elegido. Solamente los objetos que conducen al fin son queridos como medios; los que apartan del fin, son necesariamente rechazados; los que ni llevan a tal fin ni apartan de él, son considerados con mirada psicológica *indiferente* ⁽¹⁹⁾.

Así quedan los hombres estructurados de una manera o de otra: solamente lo que entra dentro de esa estructura o la contraría llama la atención o es *psicológicamente* entendido.

(19) S. Th., 1, q. 82, a. 1.

El ángel malo no tiene más remedio que acomodarse a esta ley psicológica y con el alma devota no tiene otro camino para *empezar* que transformarse en "ángel de luz" y entrar con el tema del alma devota para salir con la suya: y todo por medio de engaños cubiertos y ocultas intenciones. Esta es la historia de la caída de todas las almas que un día fueron fervorosas.

Por esto el gran principio de discernimiento en las consolaciones *con causa* está, según San Ignacio, en que si el principio, medio y fin es todo bueno, señal es del buen Ángel. El fin especifica la acción: es el eje central que estructura una serie de acciones en una determinada orientación y jerarquización. El mal espíritu parodia al bueno en el principio y medio, pero en el fin muestra su cola serpentina.

El principio y medio deben ser buenos en sí o indiferentes. Si el fin es bueno, los medios indiferentes quedan especificados por el fin, y son buenos. "Mas si en el discurso de los pensamientos que trae *acaba* en alguna cosa mala... clara señal es proceder del mal espíritu".

CAUTELAS

Todavía una *precaución* del Santo: "Cuando la consolación es sin causa, dado que en ella no haya engaño por ser de sólo Dios nuestro Señor, como está dicho; pero la persona espiritual a quien Dios da la tal consolación, debe con mucha vigilancia y atención mirar y discernir el propio tiempo de la tal actual consolación del siguiente, en que la ánima queda caliente y favorecida con el favor y reliquias de la consolación pasada; porque muchas veces en este segundo tiempo, por su propio discurso de hábitos y consecuencias de los conceptos y juicios, o por el buen espíritu, o por el malo, forma diversos propósitos y pareceres que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor; y por tanto han menester ser mucho bien examinados antes que se les dé entero crédito, ni que se pongan en efecto".

La consolación sin causa es toda de Dios, como queda dicho. Pero pasada la actual consolación sin causa, puede el alma con el favor y reliquias de la consolación pasada por su propio discurso, o por el buen espíritu o por el malo, formar diversos propósitos que no son dados inmediatamente de Dios.

Sapientísima regla de prudencia, sobre todo para las almas místicas, en las que Dios obra con frecuencia directamente, para saber distinguir la acción propia de Dios de la siguiente, en la que puede haber engaño.

Santa Teresa y San Juan de la Cruz insisten sobre lo mismo.

Una última observación de San Ignacio: "Cuando el enemigo de natura humana fuere sentido y conocido de su cola serpentina y mal fin a que induce, aprovecha a la persona que fué dél tentada, mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le trujo, y el principio dellos, y cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con la tal experiencia, conocida y notada, se guarde para adelante de sus acostumbrados engaños".

Es lo que ha realizado San Ignacio en principios generales en estas reglas de discreción de espíritus que he procurado de alguna manera enfocar *psicológicamente*. Estas leyes fueron sacadas por San Ignacio, según testimonio del mismo P. Cámara, de su propia experiencia personal de Loyola y Manresa; en su trascendencia *humana* llevan el sello del genio ignaciano.

CONCLUSION

Dos espíritus luchan en el hombre: el malo y el bueno, el pecado y la gracia, el Adán viejo y el nuevo. San Pablo conoció este drama con todas sus miserias y con toda su grandeza; cada uno de nosotros lo conocemos o mejor lo vivimos. Cuanto nuestra psicología es más rica, la lucha se desarrolla tanto más dramáticamente. Es la lucha de lo que San Pablo llama el cuerpo del pecado y que para Santo Tomás es nuestra psicología atormentada como secuela del pecado original, la ley de los miembros, como es llamada también por el Doctor de las gentes, o el Adán viejo, enfrentado contra la justicia, la ley de la gracia, el Adán nuevo, el orden psicológico de la naturaleza humana elevada existencialmente y jerarquizada dinámicamente por la gracia.

Cada Santo en la Iglesia realiza de un modo eximio una faceta especial del Cristo total, del Cristo místico del que nos habla San Pablo: San Ignacio de Loyola realiza en sí la armonía perfecta del

orden psicológico: un Santo que ha adquirido un dominio perfecto sobre todas sus tendencias; que se estremece con las flores del jardín y las estrellas del cielo y que conoce todo el empuje del celo de un Javier o de un Canisio. Su obra por excelencia, la Compañía de Jesús, llevará en sí el mismo sello del equilibrio; en el decurso de los siglos no habrá menester de reforma, porque su Fundador en los Estatutos de la Orden habrá tenido en cuenta el rodaje psicológico que ha de ser informado por la gracia. Este fué Ignacio de Loyola: un gran concedor del corazón humano con todas sus miserias y con todas sus grandezas!